

P O E M A S

de T'ZIN-PA-O

P E Q U E Ñ A P I E Z A . . .

PEUQUEÑA pieza, tan dulce a mi labor absurda y dolorosa, llegará una noche, cuando, sin saberlo siquiera, cruzaré por tu puerta, quizás, por la última vez.

Y todas las cosas quedarán iguales, cuando yo te haya quitado:

Hojas dispersas en la mesa, abandono del pincel en el platillo y junto al tintero. Los libros abiertos: el *San-Tsang* tantas veces compulsado, los diccionarios, las gramáticas, todos los buenos sirvientes de mi pueril esfuerzo.

Y todos esos manuscritos en el armario...

* * *

Continuará a perfumar la pieza, a donde no volveré más, el ramillete que tu ferviente ternura, oh, Yen-Uha, ha colocado sobre mi mesa...

* * *

Pasarán los días.

Silencio. Espera en vano.

Y habrá, sin embargo, en la pieza vacía, reflejos de sol y reflejos de luna sobre la mampara.

Sobre las hojas de papel, el deshojamiento del ramillete, marchito al poco tiempo.

El sillón continuará a ofrecerse.

* * *

Que le den a mi amigo el pincel con mango de ébano que mis dientes han mordisqueado.

Y, después, todos los manuscritos del armario, todas las hojas inútiles que yo he ennegrecido, que las lleven a la playa la primera noche de tempestad, cuando se enciendan grandes fogatas para guiar a los que están en el mar.

Y, en el brasero, yo os suplico, arrojad todo eso, todo eso que me ha sido tanto y que no es nada.

Y U - K U - T H I E N - T S I N G

EN los tiempos antiguos, los pacientes Jardineros-Que-Hacen-Floreecer-La-Porcelana se inclinaron ante el trono radioso de Che-Tsong, y le preguntaron al Hijo del Cielo se dignara escoger el color de las tazas transparentes en las que debían posarse sus divinos labios.

Che-Tsong era muy viejo, muy sabio y estaba muy fatigado, más saturado de gloria y de incienso que la estatua secular de Fo en el templo de Lamas.

El dignóse salir de su ensueño beatífico y levantar sus pesados párpados.

La mirada imperial se perdió entre las terrazas de mármol, entre las columnas de jade y entre los techos de esmalte amarillo; y le sonrió al bello cielo primaveral...

«Que esas tazas — dijo al fin — sean parecidas al impalpable azul, como aparece entre las nubes rosadas y grises, después de un aguacero.»

* * *

Al humear, el te, Yen-Uha, se refleja en tus bellos ojos. Ellos tienen el inefable dulzor azul que soñaba el viejo emperador.

T'ZIN-PA-O